

El ecologismo en evolución.

Nuevos retos para el movimiento ecologista en la India

Sunita Narain*

En 1974, en las montañas de Uttaranchal, en lo más profundo del Himalaya, las mujeres pobres de la aldea de Reni obsequiaron al gobierno con una lección de ecologismo. Dejaron claro que éste sólo podría talar los bosques pasando por sobre sus cadáveres, abrazándose a los árboles para protegerlos del hacha. Pero sus razones no eran verdes. No era que creyesen que los árboles no debían cortarse, era una defensa de su propio derecho a cortarlos.

Para ellas el medio ambiente era mucho más que bonitos árboles y tigres. Su causa, en realidad, tenía poco que ver con los árboles; era más egoísta. Sus propias vidas estaban tan interrelacionadas con la existencia de esos árboles que comprendían que lo que estaba en juego era su cultura y su supervivencia. De ahí la protesta y la lucha.

Ese fue también el mensaje del movimiento ecologista a escala nacional que floreció en la India durante las pasadas dos décadas, con protestas contra la deforestación, la construcción de grandes presas, la destrucción de la vida silvestre y el incremento de la contaminación. En la India no surgieron grupos verdes como Greenpeace o Amigos de la Tierra. No se trataba de ecologismo sino de socioecologismo; una ética ambiental centrada en los seres humanos pobres, a diferencia de la ética

ambiental centrada en la naturaleza que defendían los verdes de Occidente.

El ecologismo indio ha sido siempre diferente al de los occidentales. Lo que prevalece en los paradigmas de gestión ambiental en el mundo occidental es un criterio de «conservacionismo proteccionista». El movimiento ecologista de la India, en cambio, se basa en el concepto de «conservacionismo utilitario». Esto se debe al gran número de personas que habitan su medio ambiente, es decir, cuya supervivencia depende directamente de lo que la naturaleza les ofrece: leña, alimentos, agua, materiales de construcción, medicinas y forraje para sus animales. La destrucción de los bosques pondría en peligro su propia supervivencia. Esto llevó al ecologista Anil Agarwal a acuñar el concepto de que, en lugar del producto nacional bruto, lo que es esencial para las familias rurales de la India es el *producto natural bruto*, y que tal vez el mejor indicador en esta economía de subsistencia basada en la biomasa sería la cantidad de horas que una mujer camina para asegurar las necesidades básicas de los suyos: el agua y la leña.

El movimiento ecologista se consolidó a lo largo de las décadas de los ochenta y noventa en base al trabajo de miles de individuos y grupos de la sociedad civil de todas las regiones del país. Estos grupos eran la respuesta a la debilidad de los procesos democráticos en la India. La democracia electoral no es sino el juego político abierto entre fuerzas poderosas como los sindicatos, el capital, las castas, la religión y la región. Invariablemente y en todo el mundo, sea en el Norte como en el Sur, los políticos surgidos de la democracia electoral han fracasado en el intento de reconciliar los intereses, con frecuencia opuestas, de esas fuerzas políticas, con la finalidad de alcanzar un desarrollo económico y social equilibrado. Está en la naturaleza de la política electoral el generar políticos lastrados por los intereses partidistas. Sólo una sociedad civil fuerte puede controlar a estos políticos.

El movimiento ecologista indio ha recibido un apoyo considerable tanto de los medios de comunicación como de la ad-

* Sunita Narain es directora de la revista *Down to Earth* y del *Center of Science and environment* de Nueva Delhi.

ministración de justicia. Por el contrario, su relación con los sistemas políticos y burocráticos sigue siendo débil y a menudo antagonica. Pero debido a la disponibilidad de «espacio democrático» en el país, el movimiento ecologista ha crecido rápidamente durante las últimas décadas. Ha tenido un papel preponderante en tres áreas: (i) en crear una conciencia popular sobre la importancia de alcanzar un equilibrio entre medio ambiente y desarrollo; (ii) en oponerse a proyectos de desarrollo que perjudican los intereses sociales y ambientales de la población; y (iii) en diseñar proyectos modelo que indican el camino a seguir en pos de sistemas de gestión de los recursos naturales que sean participativos, no burocráticos y basados en la comunidad.

Es hora de hacer balance y elucidar los retos que afrontará el movimiento ecologista en el siglo XXI. Algunos de esos desafíos son:

1. El cada vez mayor problema de la contaminación provocada por un desarrollo económico incontrolado, acentuado por la corrupción y la incompetencia burocráticas. La lucha contra la contaminación necesita de asesoramiento científico. Hasta ahora, la sociedad civil ha demostrado una gran incapacidad para comprender los factores técnicos.
2. El permanente problema de la degradación de los recursos naturales (agua, tierras y bosques) que incrementa el empobrecimiento rural, provocando dolorosas migraciones hacia las ciudades y el consecuente crecimiento de los barrios marginales urbanos. Una cosa es organizar proyectos comunitarios que alivien la pobreza y mejoren la base de recursos naturales locales, pero conseguir que los sistemas gubernamentales reconozcan la importancia de tales esfuerzos y los apoyen, es algo más complicado. A pesar de que los grupos ecologistas han tenido éxito al oponerse a determinados proyectos, proponiendo alternativas viables, continúan siendo incapaces de lograr cambios en el ámbito político y legislativo.
3. El actual problema de la globalización ecológica, basada en reglas internacionales establecidas por los intereses económicos del Norte. La lucha contra la globalización ecológica exige importantes recursos financieros e intelectuales. Desgraciadamente nuestra contraparte, los grupos ecologistas del Norte, tienden a ser dominantes y estable-

cen la agenda ambiental mundial de acuerdo a sus propios criterios.

Nosotros, como el resto del mundo, hemos adoptado el sistema industrial-urbano occidental. Hay dos grandes problemas con este modelo de crecimiento: es intensivo tanto en recursos como en capital. La intensidad en la demanda de recursos del modelo occidental provoca una enorme movilización de recursos materiales y energéticos, que a su vez origina enorme contaminación y degradación de los ecosistemas. La destrucción de los ciclos mundiales del carbono, del nitrógeno y del azufre son muestras claras de los efectos provocados por la intensidad en la demanda de recursos del modelo urbano occidental. Confirma la toxicidad inherente a este modelo. La intensidad en la demanda de capital del modelo urbano occidental conduce, en el contexto de un país pobre, a la inevitable brecha entre los que tienen y los que no. En otras palabras, el elevado coste de los servicios urbanos impide que la mayoría de la población tenga acceso a ellos.

Tomemos como ejemplo el inodoro con depósito de agua. El alto coste de los sistemas de cloacas implica que sólo una mínima fracción de la población india podría utilizarlos. Una gran proporción de la población urbana de la India continúa utilizando el espacio abierto para sus abluciones. El gobierno carece de los medios económicos para financiar la red de cloacas necesaria para toda esa gente. Además, la tecnología que este sistema trae aparejada es ecológicamente perjudicial. Primero, se deben construir enormes depósitos o desviar grandes volúmenes de agua de los ríos para abastecer los inodoros de las ciudades; luego, las aguas residuales se acumulan hasta volver a los ríos y destruirlos. De ahí la importancia de propuestas como el Plan de Acción para el Ganges, que actualmente está siendo reproducido en otros ríos del país. A largo plazo, los sistemas actuales para la eliminación de los excrementos humanos pueden ser desastrosos para el país, tanto económica como ecológicamente.

¿Qué sucederá entonces con el medio ambiente de la India en el siglo XXI? Puesto que el país está nefastamente orientado a continuar con el modelo económico occidental, tan dependiente de los recursos materiales y energéticos y súmamente tóxico, podemos anticipar un siglo con elevadísimos niveles de

contaminación. Asia, con su elevada tasa de crecimiento económico, es actualmente la región más contaminada del planeta. India no le va a la zaga. Recientemente, la Junta Central para el Control de la Contaminación (CPCB) dió a conocer los datos de 1997 sobre calidad del aire en setenta ciudades indias. El informe demuestra que la remota estación de montaña de Shillong es la única ciudad del país donde el aire, en términos de partículas en suspensión, está limpio durante todo el año. No hubo un solo día en que el aire estuviese ni siquiera moderadamente contaminado. En las demás 69 ciudades, el aire estuvo moderada, elevada o críticamente contaminado a lo largo del año. A pesar de que, según la OMS, Nueva Delhi es una de las ciudades más contaminadas del mundo, no es de las más contaminadas de la India, según los datos reunidos por la CPCB.

Éste es el panorama a pesar de las deficiencias en el control de los niveles de contaminación. En primer lugar, hay ciudades como Varanasi y Srinagar cuyo aire no ha sido analizado. Segundo, en muchas ciudades donde se analiza la calidad del aire, el número de estaciones de seguimiento es mínimo. Tercero, un gran número de contaminantes no es tenido en consideración. Aun con un seguimiento tan limitado, los resultados en Nueva Delhi son espantosos. En 1999, los niveles de PM10 llegaron a ser ocho veces más elevados que el estándar recomendado, probablemente muy superiores a los de cualquier otra ciudad del planeta.

Pese a tales evidencias, es increíble que ni el gobierno central ni los gobiernos estatales se hayan planteado buscar fórmulas para controlar la contaminación y llevarla a niveles aceptables. Si algo se ha hecho ha sido debido a los litigios en defensa del interés público interpuestos en la corte suprema.

Las plantas de energía, la industria y los vehículos son las principales fuentes de contaminación. El Centro para la Ciencia y el Medio Ambiente¹ ha determinado que entre 1975 y 1995, un período en que el producto interior bruto se multiplicó por 2,5, la cantidad de contaminantes producidos por los vehículos se multiplicó por ocho. Dado que la India está en las primeras etapas de industrialización, generación de energía,

motorización y urbanización, podemos estar seguros de que la contaminación aumentará a un ritmo descomunal, a menos que se haga un gran esfuerzo para controlarla.

Veamos lo que nos enseña la historia ambiental. En los países occidentales, la contaminación creció rápidamente a partir del *boom* económico que siguió a la segunda guerra mundial; una época en que Occidente generó enorme riqueza económica. Para fines de los años cincuenta, tanto el aire como el agua estaban extremadamente contaminados. El Támesis y el Rin se habían convertido en cloacas. La población de Japón estaba padeciendo un desconocido y horrible desorden neurológico conocido como enfermedad de Minamata. Era difícil respirar en Tokyo, Londres o Los Ángeles. Esto generó un poderoso movimiento ecologista en los años sesenta, que ganó fuerza en la siguiente década.

Al convertirse el medio ambiente en un tema electoral, los gobiernos se vieron forzados a reaccionar. Durante los años setenta y ochenta, los gobiernos occidentales actuaron en dos frentes. Crearon una dura legislación que obligó a grandes inversiones industriales para el control de la contaminación. Como resultado de esos esfuerzos, pocos años después esos ríos volvían a respirar y la calidad del aire en las ciudades había mejorado notablemente. Aun así, fue un cambio que llevó veinte años, o una generación, y la batalla todavía está lejos de ser ganada definitivamente. Las industrias occidentales continúan produciendo una enormidad de residuos tóxicos; el dióxido de carbono emitido por sus plantas de energía, las industrias y los vehículos amenazan con desestabilizar el clima del planeta, y tanto Japón como EE UU han descubierto en su medio ambiente grandes cantidades de dioxinas, una de las sustancias más venenosas que se conocen.

En la India estamos en la situación en que estaban los países occidentales en los años sesenta. La cuestión es: ¿Podemos reproducir lo que Occidente hizo en una generación? ¿Comenzarán a respirar nuevamente los ríos de India para el 2020? La respuesta es: difícilmente. Hay tres razones que nos diferencian de Occidente.

Una, que el control de la contaminación no ha llegado a ser una cuestión electoral en este país. Los políticos indios no demuestran ningún interés por controlar la contaminación. Carecen del coraje necesario para enfrentarse con las multina-

¹ El Center for Science and Environment es un centro de investigación fundado por Anil Agarwal con sede en Nueva Delhi.

cionales, las principales contaminadoras, que no tienen ningún interés especial en tal control. Además, las propias empresas y plantas energéticas gubernamentales son grandes contaminadoras y los políticos tampoco quieren enfrentarse a los pequeños contaminadores porque constituyen un importante banco de votos. De tal forma, la democracia electoral india confirma su debilidad para enfrentarse a la contaminación. Como resultado, las leyes sobre control de la contaminación en India son papel mojado y poco puede esperarse de que esto vaya a cambiar sustancialmente en un futuro próximo.

Dos, el control de la contaminación exige mucha disciplina y una regulación efectiva. Dado el estado de corrupción política y burocrática, es poco probable que la legislación sobre control de contaminación vaya a ser implementada con un mínimo nivel de efectividad.

Tres, el control de la contaminación exigirá importantes inversiones. Teniendo en cuenta que el ingreso per cápita en la India es mucho más bajo que el de los países occidentales en los años cincuenta, es poco probable que veamos concretarse esas inversiones. A menos que quienes toman las decisiones encuentren medidas coste-efectivas para lograrlo y no recurran a medidas precautorias baratas (e inefectivas) o a medidas curativas demasiado caras. El gobierno debe velar porque las empresas, grandes y pequeñas, cumplan con unos estándares mínimos o se enfrenten a severos castigos. Pero ni nuestros políticos ni nuestros burócratas tienen idea de cómo lograr tal cosa; prefieren no hacer nada, dado el fuerte vínculo existente entre contaminador, político y burócrata.

¿Qué significa todo esto en efectos sobre la salud? Actualmente, muere cerca de un millón de personas al año debido a la contaminación de las aguas; mayormente debido a la forma más tradicional de contaminación, la provocada por los desechos humanos. La nueva contaminación del agua traerá todo tipo de enfermedades, desde cáncer a desórdenes neurológicos. Se estima que al menos cien mil personas mueren al año por contaminación del aire urbano. Por lo tanto, al menos un millón o más de indios continuará muriendo anualmente por efecto de la contaminación. Esa cifra probablemente aumente hasta los dos o tres millones anuales en caso de aumentar la contaminación. Además, decenas de millones sufrirán enfermedades y una pobre calidad de vida.

El impulso para cambiar la situación, si lo hay, no provendrá del sector electoral de la democracia india. Se originará en esos sectores de la democracia que conceden a la gente determinados derechos: el derecho a expresarse libremente, el derecho de asociación, el derecho a protestar y, especialmente, el derecho de recurrir a la justicia. Al igual que en Occidente, deberá ser la sociedad civil de la India la que arrastre a la acción a los representantes electos. La lucha contra la contaminación sólo tendrá éxito si logra convertirse en un movimiento popular que cuente con un grupo activo en cada aldea o ciudad de la India, trabajando como una gran fuerza coordinada.

No será ésta una tarea sencilla. Los intereses que sostienen el *status quo* son muy poderosos. La desinformación juega a su favor. Lamentablemente, la mayoría de los científicos trabajan para instituciones gubernamentales donde sólo unos pocos se atreven a alzar la voz. Pese a los elevados niveles de partículas en el aire urbano de India, el Centro para la Ciencia y el Medio Ambiente no ha encontrado un solo científico en todo el país que haya estudiado sus efectos sobre la salud. En estas circunstancias, es de esperar que se intente desviar la atención hacia cuestiones intrascendentes. La técnica más fácil siempre será encontrar un problema para cada solución. Por lo tanto, es esencial que el movimiento ecologista adquiera buenos conocimientos científicos o que encuentre científicos dispuestos a trabajar para él, y jueces dispuestos a domesticar a los políticos y a los burócratas. De otra manera, hallar un equilibrio entre medio ambiente y desarrollo será una tarea imposible.

Las protestas ecologistas más intensas en India se han centrado en la oposición a las grandes presas. Mientras que se ha conseguido movilizar al gobierno para detener la construcción de presas cuando éstas amenazaban con destruir ricos bosques, las protestas han fracasado cuando la cuestión en disputa eran las compensaciones para los afectados (construcción de viviendas, y nuevas tierras para los desplazados). Esto deja en claro la postura del gobierno: alguien tiene que pagar el precio del desarrollo. Puesto que los desplazados generalmente son menos numerosos que los beneficiarios, la democracia electoral no siempre les favorece.

Todavía se echa en falta una política de compensaciones aceptable para todas las partes afectadas. Los gestores del agua aún deben revisar las estrategias vinculadas a la provisión de

agua y a la energía hidroeléctrica. En consecuencia, las luchas contra las represas sólo han logrado aminorar el ritmo de su construcción por parte del estado, pero no han tenido mucha influencia en el diseño de nuevas políticas y programas relativos al agua.

Aun cuando los ecologistas han protestado contra las represas, muchas comunidades rurales han criticado a los ecologistas por el modo en que se ha desarrollado el programa de áreas protegidas en India. La biodiversidad de la India está amenazada y la estrategia de conservación desarrollada para afrontar esta crisis ha estado dominada por los intereses del estado y no el de las poblaciones. No se le ha concedido a la gente un papel en la gestión de su propio hábitat y de sus recursos. El principio básico en la gestión de los bosques y la vida silvestre sigue siendo el de separar a la gente de su entorno natural inmediato con la intención de protegerlo, en lugar de hacerlos protagonistas de esa gestión.

En retrospectiva, queda claro que por más que el movimiento ecologista se haya basado en una ética socioambiental, la respuesta del gobierno ha ignorado este aspecto. Durante años, las políticas oficiales han imitado el paradigma occidental de conservación mediante la exclusión y la protección. En consecuencia, el marco legal resultante ha seguido el sistema del *command and control*, en el que se da poderes y se responsabiliza al Estado sobre todas las cosas: la protección de los bosques, la biodiversidad, el uso del agua, el control de la contaminación, etc.

La sostenibilidad no nacerá de conceptos retóricos como cuidar el futuro de las generaciones por venir, sino de un debate político duro sobre los modelos de control de los recursos para las generaciones actuales, las estructuras democráticas para la toma de decisiones y la igualdad entre los sectores que deciden. Cuanto mayor sea el acceso al conocimiento y a la participación, mayores serán las oportunidades de alcanzar decisiones favorables a una economía sostenible.

En otras palabras, la sostenibilidad ambiental requiere construir un orden político en el que el control de los recursos naturales lo ejerzan hasta donde sea posible, las propias comunidades que dependen de dichos recursos. La toma de decisiones dentro de la comunidad debe ser tan democrática, participativa y abierta como sea posible. El medio ambiente no sólo equivale a plantar árboles o proteger a los tigres, sino

también a profundizar la democracia. Éste es el mensaje que el movimiento ecologista debe articular con mayor fuerza y convicción, para asegurar que sus protestas se traduzcan en políticas efectivas.

Durante los pasados quince años, el mundo ha presenciado una eclosión de las negociaciones intergubernamentales para alcanzar acuerdos ambientales internacionales. Esta «globalización ecológica» es una consecuencia inevitable de los actuales procesos de crecimiento y de globalización económica, que no sólo absorben a las diversas economías, sino que además elevan los niveles nacionales de producción y de consumo hasta el punto de amenazar la continuidad de los ecosistemas del planeta.

El proceso de globalización ecológica se caracteriza por que los niveles de producción y consumo han llegado al punto en que lo que uno hace en su propio país puede tener impactos enormes en los países vecinos y hasta en el resto del mundo. Aun cosas simples como el uso de una nevera o de aire acondicionado puede contribuir a destruir la capa de ozono; utilizar un automóvil o cortar un árbol sin plantar otro puede desestabilizar el clima mundial. Y utilizar un compuesto persistente como el DDT en India puede ocasionar riesgos para la salud de seres humanos y otras formas de vida en remotas regiones polares, a medida que esos compuestos son arrastrados por las corrientes marinas y las corrientes de aire. Nunca antes los seres humanos necesitaron aprender a vivir en «un solo mundo» como ahora.

Pero esta globalización no ha estado acompañada de ningún tipo de *globalización política*. En consecuencia, ningún líder político está suficientemente interesado en que el emergente mercado global y las necesarias políticas ambientales satisfagan las necesidades de la mayor cantidad de seres humanos, a partir de los principios de «buena gobernanza». De hecho, las actuales reglas y regulaciones tienden a basarse en los principios de las «transacciones comerciales». Por lo tanto, la diplomacia ambiental se ha convertido en un conjunto de meras transacciones comerciales sobre el principio del beneficio mutuo sin importar los costes sociales, en lugar de sistemas de gobernanza basados en la democracia, la justicia y la igualdad.

Por ejemplo, las negociaciones para prevenir el cambio climático, con frecuencia considerado como la amenaza más

sería para la humanidad y para la totalidad de la biosfera, han embarrancado en una grave crisis debido a que amenazan con imponer un reparto asimétrico de cargas entre las diversas naciones del mundo. Si se debe detener el cambio climático, no hay otra opción que *todas* las naciones reduzcan sustancialmente sus emisiones per cápita de gases de efecto invernadero. Tal cosa supondría «reinventar el sistema energético», abandonando la economía basada en los combustibles fósiles y pasando a una economía sin carbono; lo que no sólo exigiría enormes desembolsos económicos, sino que su puesta en práctica llevaría tal vez un siglo o más.

Poco puede hacerse para lograr la necesaria transformación tecnológica en las próximas décadas. Durante este período, los grandes emisores de gases de efecto invernadero (GEI) continuarán emitiendo grandes cantidades, mientras que los pequeños emisores de GEI, especialmente los que están alcanzando altas tasas de crecimiento, también se convertirán en grandes emisores. Las naciones con altos niveles de emisión argumentan que sus esfuerzos para lograr reducirlos serán neutralizados por el incremento de las emisiones de los países en desarrollo, además de suponer enormes gastos para sus empresas multinacionales, perjudicando así su competitividad. Sostienen que tales esfuerzos implicarán la relocalización de las empresas contaminantes, provocando pérdidas de puestos de trabajo en Occidente. Es una carga que no pueden aceptar. Los países en desarrollo, mientras tanto, sostienen que su condición de recién llegados al estilo económico occidental de desarrollo hace que sus poblaciones sean económicamente pobres y

que ellas tienen legítimo derecho a disponer igualmente del «espacio atmosférico común». Esta asimetría en el reparto de la carga, exigida por los países en desarrollo, ha generado enormes tensiones en las negociaciones sobre el cambio climático.

En estas negociaciones, el papel de los movimientos ecologistas del Sur es esencial. Más allá de las características que tengan los acuerdos surgidos de estas negociaciones, servirán de fundamento a algo muy importante en el siglo XXI: una forma embrionaria de gobernanza ambiental global.

Lamentablemente, debido a que las negociaciones se realizan en distantes ciudades y fuera del alcance de los medios de comunicación nacionales, la sociedad civil de los países en desarrollo tiene pocas posibilidades de estar al corriente de lo que sucede en las altas esferas y, por consiguiente, menos posibilidades aún de intervenir activamente. Esta falta de poder de la sociedad civil, especialmente en el Sur, es algo preocupante. Aun cuando la India, por ejemplo, cuenta con una prensa independiente y poderosa, la información sobre esas negociaciones es mínima en cantidad y en calidad, a pesar de su influencia sobre los intereses económicos y ecológicos del país. Hay por lo tanto una necesidad urgente de incrementar los flujos de información en este campo para promover la participación de la sociedad civil.

En conclusión, está claro que el movimiento ecologista en la India deberá ir mucho más allá de las protestas contra proyectos específicos. Deberá diseñar estrategias sobre el papel que le corresponde desarrollar para cambiar las políticas que hacen de la India el desastre que es actualmente.

